

La hija de la Cabra (Bajo la luna, 2012) - Primer capítulo

El árbol de la justicia y del suplicio

Médanos, desierto y montes. El sol subió y el viento arrastró animales. Las ropas, andrajos; la cara, mugrienta. Una máscara de tierra blanca lo cubre. Sus carnes cuelgan talladas en el aire. Intenta hablar mientras se zarandea, suspendido desde una rama con las manos asidas por una correa de cuero. Sacude las muñecas y el cuerpo se ondula en un movimiento convulsivo, esforzado y corto. Sabe que va a morir. Cabecea intentando limpiar el polvo que le cubre los ojos.

Le dedican miradas entumecidas. Jetas silentes. Laguneros malditos. Lo desesperan, acerados y ceñudos. Ni una palabra, ni una gota de agua. El desecamiento, la desconfianza, el ojo malo y la sed.

Pregunta, pero no le contestan. Conoce la respuesta: no le darán sepultura y ninguna mujer llorará. La carne colgada será gentileza para las aves rapaces. Ya las ve, lo acechan: aleteando bajo, con los ojos avizores, un aguilucho de espalda color canela le deja ver el pico rapiñero; se posará sobre el costado herido, hurgará el cuero, decido, punzante. La noche le cae encima y, desde abajo, un lobo de pelo lo mira y aguarda la carroña.

La vida, la otra, cómo rodé hasta acá. Escarbemos: silencio, soledad, traición, nada más; acá colgado, el hocico sangrando. Momia, cadáver, piltrafa.

Desguarnecido, cubierto de barro. Morir de sed. Intenta flexionar las rodillas y acercarlas a la panza. La espalda extendida, los brazos rígidos resistiendo todo el peso. Pretende aflojar las cinchas que le amoratan las muñecas. Agarrotado, el viento caliente lo hamaca.

Noche cortada por un viento caldeado que me columpia y se pega. La imagen viva de la hembra, Juana mula traidora, hilando. Me mira con los ojos que aletean, reanuda el tejido, con la mirada vaga. Mataría, le daría mi vida al mierda que me alcanzara un trapo roñoso. La noche es larga y Juana capaz se arrima. Qué va a venir. La veo, el pelo negro, el ceño plegado en surcos de furia, el cuerpazo de piedra.

Lo envuelve un zumbido desfondado de mosquitos retorciéndose en el aire, latigando el aire, mosquitos chupasangre.

Intenta estirar el cuerpo y tocar el suelo con la punta de los dedos. La cincha de mierda rebana las muñecas, inútil, es inútil, el piso está lejos.

Por fin, en un movimiento seco y corto, levanta las rodillas y arquea la espalda. Cómo rodé hasta acá. Una saliva amarga le nace en la garganta y escupe. Si me hubieran matado, pero no, los lagartos te cuelgan y te dejan morir.

Dormir hasta que me llegue la hora. Dormir, soñar que me chupo, que me mamo hasta quedar volteado. Y que llegue la muerte, la veo, es manca, la cabeza como un remolino oscuro de viento que arrastra porquerías y te ciega, el cuerpo hecho de un enjambre de bichos: moscas, mosquitos y luciérnagas. Lo peor es que no sé a qué hora me vence.

La jeta partida por el viento, los brazos colgados, el cuerpo que se balancea. Un perro me escucha con las orejas tiesas. No levanta los ojos, no mira. Los animales saben. Cómo rodé hasta acá. Pájaros aulladores, pataleo, los espanto, estoy vivo, no soy carroña, todavía no, carniceros. Rezo por rezar. Quisiera dormir hasta que me llegue pero en vez de eso me meo encima. El polvo en los ojos, rezar otro ruido, no el chillido de los rapiñeros.

Las piernas tensas, la boca seca; es tiempo de perder todo, olvidarme de dónde vengo, de cómo rodé hasta acá.

El perro abandona la inmovilidad y se levanta. El olor podrido de su pelo. El del mío. Un lengüetazo tibio sobre los pies, por piedad, perrito. Se aleja sin acercarse, los animales saben. Despunta el amanecer, un velo lechoso lo rodea y envuelve.

Lo descolgaron muerto y picoteado de la rama del algarrobo seco. El árbol de la justicia y el suplicio. Alguien llevó el cuerpo hasta un cerro y lo echó a rodar.

Mercedes Araujo